

rigor, como el trabajo, como sentarse a sudar la camisa, como aquello que decía Lorca: es un 90 % de técnica y un 10 de inspiración. La poesía es mucho de trabajo y creo que todos los poetas que han alcanzado un nivel, han trabajado mucho sobre sus textos, no confiando exclusivamente en su inspiración. Eso que se llama la inspiración, ese golpe de luz, ese relámpago, es a veces un poco artero».

Diez años después, a partir de 1971 el Consejo Nacional de Cultura le obligó al ostracismo (véase su poema 1971), publica su segundo libro de poemas, *Las quince mil vidas del caminante*, entretanto había publicado alguna novela y participado con Silvio Rodríguez entre otros, en algunos recitales. En su mayor parte son poemas de amor. Amor a la Revolución y a la mujer, escritos con el corazón y con la inteligencia. G. Rodríguez Rivera excelente poeta y crítico sagaz, había señalado el peligro de que el coloquialismo se convirtiera en una nueva retórica por su excesivo uso, lo que advierte Nogueras y pule aún más no sólo la estructura del poema, sino también se muestra más escrupuloso en el uso de las palabras. En este libro aparecen los primeros heterónimos a los que tan adicto se mostraría Nogueras, y homenajea a uno de sus poetas más admirados, José Zacarías Tallet. Mario Benedetti escribió que se había comprendido que las dos vanguardias, la política y la estética, no sólo pueden, sino que deben fertilizarse mutuamente y que la misión natural del intelectual dentro de la Revolución debe de ser su conciencia vigilante, su imaginativo intérprete y su crítico proveedor.

Con un título que describe muy bien lo que es su poesía, *Imitación de la vida*, obtiene en 1981 el Premio Casa de las Américas. Un jurado compuesto por Juan Gelman, J. E. Pacheco, Fayad Jamis y Antonio Cisneros se lo concede por unanimidad y hace constar: «Libro admirable en su variedad y en su unidad, que representa la madurez de la joven poesía cubana, la ruptura de las últimas fronteras entre lo social y lo personal, lo íntimo y lo colectivo. Escrito con destreza, inteligencia y dominio del oficio, el libro de Luis Rogelio Nogueras es una contribución de primer orden a la lírica en nuestro idioma. En él se integran de modo orgánico los temas tradicionales de la poesía de todos los tiempos: el amor, la amistad, el coraje, la poesía misma como acto, la vida y

la muerte, con la realidad concreta de nuestra hora latinoamericana». En esta nueva entrega reaparecen sus temas más inmediatos como son, el amor, la historia presente y el pasado como reflexión, el juego de palabras y con las palabras etc. El libro comienza con una cita de Hans Arp que es una verdadera confesión de principios en Nogueras: «No invento nada. Es la vida quien inventa lo que pinto. Yo oigo y copio. Leo y copio. Miro y copio. Palpo y copio. La vida se vale de mí como de un espejo».

En 1983 publica *El último caso del inspector*, título de inspiración policíaca en el que se va deslizando por un mundo lleno de bromas e inventivas. Es una muestra de sus poemas apócrifos rebotante de imaginación y de humor. Los apócrifos y los heterónimos que utiliza son como un desdoblamiento de sus apetencias y de sus querencias trasladadas a otros tiempos y otros lugares más fantasiosos y proclives donde desborda sus visiones.

El 6 de junio de 1985 fallece en La Habana. Él mismo había seleccionado, de manera arbitraria, según sus palabras, una antología de su obra poética que se editaría con el título de *Nada del otro mundo* en la que añadió algunos poemas que antes no había incluido en sus libros publicados, además de algunos inéditos que formarían parte de su último libro, póstumo, *La forma de las cosas que vendrán*, 1989, que se editó con prólogo de Rodríguez Rivera :»...quedaron sin la última revisión que la sabia y tozuda inconformidad de Wichy creyó que necesitaba. Aún sin ella, éste es un libro fascinante. Suma de libros, en verdad: poesía, novela, ensayo, periodismo, filosofía, del mismo modo que es pasión, burla, reflexión, locura y lucidez». El esplendor lingüístico e imaginativo de Nogueras llega a muy altas cotas y constantemente quiere profundizar en los espacios de la inteligencia y conocer sus límites, comprobar hasta dónde puede llegar la fantasía. La poesía en última instancia, había escrito poco antes de fallecer, no es sino el intento de abarcar, con pocas palabras, muchas cosas; un esfuerzo, hechos signos lingüísticos por convertir en tangible lo intangible, por iluminar el alma, por engendrar en el hombre libres e infinitas combinaciones, por ayudarlo a comprender, pero también, como decía Valéry, a devenir.

En la obra poética de Nogueras sobresale en la defensa de la imaginación con humor y sarcasmo, la acertada fusión de lo culto

con lo popular, en el empleo de la ironía contra la vulgaridad y el desprecio a los dogmatismos. Su poesía es una amalgama de estilos, o una glosa de otros estilos que se acerca a la idea de Baudelaire sobre la concepción del gran arte, hay que bucear «en el fondo de lo desconocido para encontrar algo nuevo», aun con reconocidas imperfecciones. Porque la perfección es heredera de manifestaciones asentadas y convenidas y el arte verdadero está vivo. La espontaneidad, la naturalidad y la ironía son continuas referencias en su discurso poético. En una poesía, la cubana, donde el abuso de la solemnidad era habitual, Nogueras lo sobrepasa con juegos de palabras, ironizando con la retórica del lenguaje, introduciendo autores imaginados con citas figuradas o con referencias burlescas, con humor y dentro de intencionadas experiencias críticas, con voluntad de experimentar y combatir la rigidez. Crear poesía con los lenguajes cotidianos, con los giros coloquiales habituales, con referentes ordinarios, sin retóricas épicas ni barroquismos, pero sin caer en prosaísmos ni tópicos, caso complicado en una persona con la exquisita cultura que poseía Wichy.

«¿Qué significa Luis Rogelio Nogueras, escribe Guillermo Rodríguez Rivera, para nuestra literatura? Su poesía es acaso la más imaginativa, la más perfecta de los últimos tiempos en el ámbito de Cuba. Y cuando se le conozca como debe conocerse en todo el espacio de la lengua, dejará huella indeleble». José Saramago después de leer su obra escribió que «Luis R. Nogueras es un poeta admirable».

Además de su obra poética, Nogueras fue autor de las novelas *El cuarto círculo*, en colaboración con G. R. Rivera, 1976, Premio Aniversario del Triunfo de la Revolución; *Y si muero mañana*, 1977, Premio Cirilo Villaverde; *Nosotros los sobrevivientes*, 1982, basada en su guión para la película *Leyenda* dirigida por Jorge Fraga y Rogelio París. También fue jefe de redacción de la revista *Cine cubano* hasta su muerte. Escribió los guiones de las películas *El brigadista*, 1976, para Octavio Cortázar; *Guardafronteras*, con el mismo director, en 1979; *Silvio: que levante la mano la guitarra*, con Víctor Casaus, 1983, documental que dirigió el propio Casaus, etc. Así como diversas antologías y numerosos artículos cinematográficos.

Wichy, con su sentido tan particular, escribió para una enciclopedia sobre él mismo: «En una época donde estaba al uso el estimamiento poético, el acercamiento al mundo con la mirada de un Cristo Stajanovista, tiempos del idilio conversacional, en que tanto ruido fue vendido como nueces, Luis Rogelio Noguerras supo mirar la vida con los ojos limpios de un niño que se pasea por el Paraíso, ojos donde el asombro, el deseo, la ternura o la rabia no se excluían, empañados por dogmas o convenciones, sino que se daban juntos, como las flores silvestres, irrigadas por la sensibilidad y la imaginación sumamente genésical.

Noguerras estaba convencido de que la poesía es creación ante todo, creación que él potenciaba a su quintaesencia como invención. Todo en sus poemas vibra con la electricidad de la invención más lujuriosa: tema, títulos, versos, palabras, composición... Poesía de la totalidad: el poema no se resuelve en una idea luminosa, ni en una imagen esplendente, ni en un verso perfecto; el poema emana cuando la levadura de la invención se espolvorea a cada átomo de la hechura, de manera que el poema crezca como una succulenta hogaza de creación.

Pero en los poemas de Noguerras, esa invención no se muestra como amaneramiento, como construcción penosa y forzada, sino como un salto de luz, gracia de la estrella que cae; y esto lo posibilita su fácil y sustanciosa imaginación, ganzúa que le abre todos los candados; el poema breve, casi tanka, de «Retrato del artista adolescente»; el poema antiguo, juglaresco, de «La muerte del abate Asparagus»; el poema que se muerde la cola de «Eterno-rretornógrafo»; el poema rockero de «Heavy rock»; el poema interjección de «Big Bang»; el poema performance de «Kama sutra».

La poesía es también juego: el juego de las formas, el juego de los sentidos, el juego de las invenciones, el juego de trastocar el tiempo, invertirlo, comprimirlo, detenerlo, el juego de asir el espacio inasible. ¿Qué es la vida sino un juego? La vida que pone sus reglas, tira los dados, siempre cargados, y nos hace andar tantos espacios como digan ellos, en este parchís que nosotros no comprendemos y asumimos tan seriamente. Sólo los elegidos que intuyen lo fortuito, lo jocoso de jugar que es el vivir, pueden seguir el juego y hacer tantos.